

«(...) ¡Ironías de la suerte! El fruto que se ofrecía, que le caía en la boca, allí..., despreciado..., y el imposible codiciado..., cuando más imposible, más codiciado...»¹⁹.

Pero estos desengaños no se manifiestan sólo en el plano amoroso, sino que, incluso, aparecen en el terreno puramente social, como una burla a su rango y al papel que, por ende, le correspondería. Me refiero a cómo el cargo de Vicario general va a ser el que le prive del placer de comer con todos los miembros de *la clase*, imponiéndole el poco grato sacrificio de comer en el palacio viejo con catorce curas de la comarca.

Finalmente, mencionaremos el curioso papel que desempeñan en la obra las que podíamos llamar «ironías atmosféricas». El tiempo también quiere burlarse de los personajes y juega con ellos a su antojo, circunstancia ésta que tampoco quiere dejar de señalar el narrador. Unas veces se trata del cambio de las estaciones y otras de puras inclemencias meteorológicas. En el primer caso, se situaría, por ejemplo, la llegada del invierno, que viene a poner fin a la primavera fugaz e ilusoria del mes de marzo vetustense y, de paso, acaba con los paseos del Magistral y del donjuán local, que deambulaban cada uno por un sitio para evitar la violencia del encuentro.

La lluvia también contribuye a dar tonalidades irónicas en algunos momentos de la novela. Una muestra la tenemos a través de su ausencia, y otra por su presencia. La primera se produce con ocasión del Viernes Santo, cuando el Magistral desea que luzca un sol espléndido y Ana Ozores que llueva. El cielo se alía en parte con el cura, ya que no hubo la menor muestra de agua. Posteriormente, se tomará la revancha, y la lluvia mojará a don Fermín por dentro y por fuera: en su cuerpo y en su orgullo. El comentario irónico corre esta vez a cargo de Pepe el casero:

«—No ha sido mala broma, je, je... Pobrecicos y da lástima verles..., sobre todo este señor cura está hecho un *eciomo*, perdonando la comparanza, es una sopa. Anda, anda, y cómo se le ha ponío too el melindrán éste..., y la sotana parece un charco...»²⁰.

IV

Por último, haremos mención de otro tipo de manifestaciones irónicas, en este caso referidas a sucesos casuales o anecdóticos, y que no tienen la trascendencia de muchos de los anteriormente señalados.

En estas ocasiones, el narrador comenta en tono muy festivo y jocoso hechos como la decisión de Ana y Víctor de separar sus habitaciones, con lo que se consiguió la «completa armonía» y la «felicidad doméstica». Otro tanto sucede con el añadido que acompaña a la definición de *educación omnilateral y armónica* que don Carlos pretendía para su hija; según él, el mérito residía en que ella descubriese por sí misma todas las cosas. Pero, «si su hija fuese funámbula y trabajase en el alambre, don Carlos pondría una red debajo, aunque perdiese mérito el ejercicio»²¹.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 458, tomo II.

²⁰ *Ibidem*, pág. 473, tomo II.

²¹ *Ibidem*, pág. 245, tomo I.



Grabado de Gómez Polo. Aparecido en la primera edición de La Regenta.

Estas reflexiones también son de tipo general, y afectan a cuestiones muy dispares. Como un «escándalo del juego natural de las instituciones» se define el hecho de que, el jefe del partido más reaccionario, el marqués de Vegallana, tuviese como favorito actual en la política nada menos que al jefe del partido liberal, que no es otro que don Alvaro Mesía.

Una de las cosas más graciosas que encontramos en los vetustenses es su concepto de romanticismo. Para ellos, todo lo que se sale de su vulgar y superfluo modo de vivir es de un romanticismo absurdo: mirar a la luna medio minuto, respirar el aire del campo, expresar amor en las miradas, «tener lástima de los niños pobres..., ídem; comer poco..., ¡oh! Esto era el colmo del romanticismo»²².

En el plano religioso destacan, igualmente, varias pinceladas con diversidad de matices e intenciones. Por un lado, están las puramente lingüísticas, centradas en el

²² *Ibidem*, pág. 68, tomo II.

matrimonio Quintanar, y más concretamente en Ana, a la que le gusta calificar de «motín general del alma» o de «revolución del alma» a los sentimientos despertados por Alvaro en su espíritu, que hasta ese momento, sólo había vivido para su «hermano del alma», para su don Fermín. Mesía pasará a ser sustituto de éste en esa fraternidad anímica ²³.

No escapan de la burla de Clarín las jóvenes catequistas del Magistral, reflejo vivo de los distintos tipos de beatas vetustenses, desde la rubia que semeja una estatua de soberbia, intolerancia y fanatismo sentimental, pasando por la morena que, avergonzada por si le veían las pantorrillas, no puede, no puede terminar la lectura, hasta llegar al conjunto de todas ellas, divisible en dos grandes grupos: las que enseñan los bajos sin darse cuenta, y las que sólo piensan en mostrarlos.

Para finalizar, mencionaremos dos ejemplos de lo que podríamos llamar burla filosófica. Uno de ellos nos lo da Alvaro Mesía y su particular concepción de la filosofía amorosa, en la que los amores no consumados son tachados de amores platónicos, y según la cual la apasionada actitud de Ana es groseramente catalogada como «hambre atrasada» de una «adúltera primeriza». El punto más peculiar lo ofrece su preocupación por la economía amorosa, que le lleva a alejar de sí a Petra a fin de poder reservar mejor sus energías para la Regenta.

En esta misma línea de la economía se incluye nuestro último apunte, éste mucho más gracioso y original, por cuanto el filósofo es el caballo de un coche de alquiler. En contraste con la prisa del Magistral por llegar al Vivero, el animal se muestra mucho más pragmático y menos apasionado, filosofía que incluso se contagia a su cochero:

«(...) el mísero jaco de alquiler siguió caminando lo menos posible, seguro de que la felicidad no estaba en el término de ninguna carrera de este mundo. Para comer mal, siempre se llega a tiempo. Esta era toda su filosofía. El cochero debía de ser discípulo del caballo» ²⁴.

Hasta aquí estas reflexiones sobre la utilización de la ironía y la sátira en *La Regenta*. Son bastantes más las aportaciones que se podían haber efectuado, gracias a la enorme riqueza interpretativa que tiene esta obra. No obstante, pienso que las que hemos considerado son válidas y suficientes para hacernos una idea de lo que esta novela encierra en este punto concreto.

MANUEL CIFO GONZÁLEZ
Capitán Cortés, 103
ALBACETE

²³ Cfr. capítulo XIX, pág. 478.

²⁴ *Ibidem*, pág. 456, tomo II.



Grabado de Gómez Polo. 1884.